

PRESENTACIÓN DE “UNA INGENIOSA LOCURA...”

HOMENAJE DEL CSIC A CERVANTES EN EL CUARTO CENTENARIO DE SU MUERTE.

Alfredo Alvar Ezquerro.

Profesor de Investigación del CSIC.

Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Hace ahora cinco meses que tuve la fortuna de poder dirigirme a las autoridades del CSIC, a mis colegas científicos y al PAS desde este mismo atril, al pronunciar el discurso en representación de los homenajeados tras XXV años de servicios en nuestra preclara institución.

Empecé aquella alocución haciendo alusión a las más bellas palabras escritas por Miguel de Cervantes sobre la libertad.

Hoy, sin embargo, no voy a usar en la *captatio benevolentiae* aquel párrafo, sino que, lamentando mucho el tono sombrío de estos preliminares, voy a usar a otro de nuestros clásicos.

Antes, sin embargo, quiero manifestar en voz alta la admiración que me ha causado el fino trabajo realizado por nuestros bibliotecarios de la Tomás Navarro Tomás, trabajo que, como se puede comprobar, ha sido único en España en cualquier institución cultural o científica. Muchas gracias.

El 22 de enero de 1543, cuatro años antes del nacimiento en Alcalá de Miguel de Cervantes, un médico de Segovia, Andrés Laguna, se dirigía al claustro de la Facultad de Artes de la Universidad de Colonia en un dramático discurso que llevó por título (en griego) *Europa, que míseramente a sí misma se atormenta y lamenta su propia desgracia*.

En él, Europa era una vieja arruinada y apesadumbrada que no entendía lo que con ella y en ella hacían sus hijos. Andrés Laguna le respondía intentando insuflarle algo de optimismo, mostrándole quién era ella, Europa, y cuáles sus virtudes, que aunque se hubieran perdido en medio de las guerras de religión, volverían a recuperarse:

“Todos aquellos que, cuando yo estaba en mi apogeo, me admiraban, me adoraban y me reverenciaban, [ahora] me miran con ojos torvos como a una especie de ponzoña. Yo soy aquella infeliz, triste y funestísima Europa...”

En ese mundo desgarrado y desgarrador nació Cervantes. Sus tiempos históricos, que son más lentos que los cronológicos, fueron los de la consolidación de la división de la

Cristiandad; los del que creyeron enfrentamiento final entre el Islam y ellos mismos encarnado en la batalla de Lepanto de 1571, cuyas glorias llevó siempre grabadas en su pecho, en su mano izquierda y en sus recuerdos; o fueron aquellos tiempos históricos los que vivió en la retaguardia alrededor de los bastimentos de la Gran Armada de 1588; y otras muchas más circunstancias vitales y existenciales a las que no me puedo referir ahora.

Pero él vivió también momentos de gloria, propios, y de su sociedad en conjunto, a los que supo poner nombres, apellidos, caras, personajes y sentimientos.

Vivió, pues, en tiempos de profundos cambios. Fue accidentado portavoz de esos cambios. Recreador de su época. Un genial escritor. Un hombre de frontera. De frontera ideológica, sentimental, creadora, intelectual. Deambuló entre el vívido Humanismo del Renacimiento y el descreído senequismo barroco. Entre la recepción de los últimos estertores que llegaban de la cultura musulmana, arrollada por el ímpetu y la modernidad de la nueva cultura cristiana renacentista. Vivió arropándose con los girones de los vestidos de la languideciente vieja Europa, que veía cómo más allá de la Mar Océana, todo el mundo tangible e intangible conocido por el hombre hasta entonces, se desvanecía ante un orbe nuevo, descubierto, conquistado y a su manera gloriosa, civilizado por los castellanos.

Nada, pues, para personificar tanto cambio (poco antes de que naciera un ignoto Miguelillo en Alcalá), que la representación de la maldiciente Europa dibujada por Andrés Laguna, el médico de Segovia, traductor, y editor, tanto como modernizador de la más grande obra que se ha escrito hasta la Ilustración sobre las plantas y sus remedios medicinales. En efecto, Andrés Laguna fue el introductor en lengua española del *Dioscórides* el texto que, desde la antigüedad helenística cuidó de la salud de los habitantes del siempre culto, desarrollado y humano Mar Mediterráneo.

La existencia de citas al Dioscórides en Cervantes, me sirven para entrar en la segunda parte de mi alocución, la reflexión sobre lo que leyó Cervantes, objeto de las breves páginas que hoy me habéis honrado con poder presentar en la sede central del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Poco es lo que sabemos de la formación de Miguel de Cervantes. Todo parece indicar que pudo estudiar con los jesuitas (según él describe la pedagogía jesuitica), y luego es cierto que fue el “mi muy caro y amado discípulo” de López de Hoyos. Cuando así se le define, tiene 21 años. El enigma sobre el cuándo o el qué estudiaría con López de Hoyos para ser su “caro y amado discípulo” no se podrá resolver, creo que nunca. Ese reconocimiento de López de Hoyos apareció al editar sus primeros versos impresos en vida de Miguel y dedicados a la recientemente muerta joven reina Isabel de Valois:

“¿A quién irá mi doloroso canto,
O en cuya oreja sonará su acento,
Que no deshaga el corazón en llanto? ...”

En aquel dramático año de 1568 había muerto ya el Príncipe don Carlos y ahora la Reina. Por los motivos que fueran, probablemente al disolverse la casa del Príncipe muerto, casa palaciega nutrida de jóvenes poetas, pasó a Italia como su amigo Pedro Laínez, junto al cardenal Acquaviva, y luego se enroló en los tercios, para participar con don Juan de Austria en Lepanto. Fue herido; sanó en el hospital militar de Mesina, volvió a embarcarse durante casi cinco años y cuando tocó licenciar a los ejércitos, pues no había hacienda real que los pudiera mantener, fue hecho prisionero y secuestrado por los piratas berberiscos, que lo llevaron a Argel. Allí estuvo otros cinco largos años; intentó fugarse cuatro veces; pudo sortear las penas de los fugitivos frustrados; entró en contacto con toda suerte de escritores de más o menos talla que corrían su misma suerte; fray Juan Gil pagó su rescate y se le liberó. Volvió a España.

En ese mismo verano, le mandaron a una misión de espionaje a Orán. Al regreso, cumplió el sueño de estrenar alguna obra de teatro, pero sobre todo publicó *La Galatea* (dedicada a otro protector de jóvenes poetas españoles, Ascanio Colonna); embarazó a una mujer casada; se casó con una moza bien casada de Esquivias, pero a los pocos años se fue de allí, a Andalucía, en donde, finalmente, pasó trece años, trece, recorriendo aquellas tierras cobrando impuestos, embargando en nombre del rey trigo, aceite y otros bastimentos para la real Armada, que, finalmente, zarpó con rumbo a Inglaterra. Siguió la vida, pidió pasar a Indias, pasó por la cárcel por deudas, y un personaje suyo entró en la catedral de Sevilla el día que estaba montado el catafalco en honor de Felipe II, el rey recién muerto, y se preguntó con retranca:

“Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar [de] este sitio hoy ha dejado
La gloria donde vive eternamente”

Por cierto, que el soneto termina con el gesto del chulo de Sevilla,

“Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada”.

Podemos dar otra voltereta temporal y llegar a julio de 1604, cuando Miguel de Cervantes solicita “Aprobación” y “Privilegio de impresión” por veinte años para publicar su Ingenioso hidalgo, exactamente. En menos de seis meses el libro salió a la calle.

Autor ya maduro, conocía muy bien el mundo de las letras, aunque no sepamos cómo lo aprendió y sin haber pasado por la Universidad.

Ya en 1585 en el *Canto del Calíope*, puso en boca de esta musa de la poesía a un centenar largo de poetas con sus rasgos creadores más virtuosos:

*Al dulce son de mi templada lira,
prestad, pastores, el oído atento:
...
Pienso cantar de aquellos solamente
a quien la Parca el hilo aún no ha cortado,*

*Y el que con justo título meresce
gozar de alta y honrosa preeminencia,
un don ALONSO es, en quien floresce
del sacro Apolo la divina sciencia;
y en quien con alta lumbré resplandece
de Marte el brío y sin igual potencia,
DE LEIVA tiene el sobrenombre ilustre,
que a Italia ha dado, y aun a España, lustre.*

No es sólo en este canto de la musa Calíope en donde Cervantes expresa sus ideas sobre autores vivos de nuestro Siglo Oro, autores muchos de ellos desconocidos hoy, o de cuyas biografías apenas nada sabemos y seguiremos sin saber porque fue mucha la materia y pocos los estudiosos, digo que Cervantes tiene otras suertes de manuales de crítica literaria. A este de 1585, bien podemos añadirle en 1605 el famoso capítulo VI de la Primera parte, “*Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo*”, escrutinio realizado sobre una treintena de libros identificables y definidos por su calidad y contenidos. Se trata de una perfecta y profunda descripción de un auto de fe, por cuanto las mujeres –la encarnación de la ignorancia o de la exaltación nerviosa- son partidarias de la destrucción sin más de los libros que han hecho enloquecer al hidalgo,

“–No –dijo la sobrina–, no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores; mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarles fuego; y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo”,

a lo que la sensatez del cura y del barbero ponen cierto freno:

“Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego”.

Es fácilmente deducible que ama y sobrina juegan el papel del vulgo siempre ansioso de carnaza, o el de la fiscalía; sin embargo el cura y el barbero son los inquisidores rigurosos que antes de dictar sentencia han de oír –en este caso leer- a las partes.

El caso es que aquel autillo de fe, como lo he calificado, concluye con la destrucción de unos libros, la salvación de otros, y las dudas con respecto a los terceros. En cualquier caso, la descripción de la biblioteca de ese hidalgo manchego y de lo que leía, es cuando menos entretenidísima y para la historia cultural española, importantísima. Así como algunos de los deslices de Cervantes: al abrir el aposento en que tenía los libros, calculan que hay unos cien; sin embargo se inventarían unos treinta; cuando el hidalgo manchego en un arranque de generosidad en los prados de Sierra Morena, y turbado por las penas de amores que amargaron la vida a Cardenio, enloquecido por Luscinda que leía a Amadís, quiere regalarle su biblioteca en otro capítulo de este Quijote, habla de que tendrá unos 300 libros (Quijote I, XXIV). Con imprecisiones de este tipo, un evaluador recomendaría al autor que introdujera ciertas modificaciones para que su texto fuera admitido a publicación. Dicho sea de paso que el hidalgo califica sus libros

de la manera más hermosa que hacerse pueda, sólo comprensible en todo su calado por aquellos a quienes los libros aún nos hablan, pesan, huelen o dicen: “son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida”.

La inteligencia, la sagacidad y el buen humor de Cervantes durante todo el autillo de fe son proverbiales. Sólo tengo, desgraciadamente, tiempo para un recuerdo. Están repasando los lomos de los libros.

“Pero, ¿qué libro es ese que está junto a él?”

–*La Galatea*, de Miguel de Cervantes –dijo el barbero.

–Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la emienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y, entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

–Que me place –respondió el barbero–. Y aquí vienen tres, todos juntos: *La Araucana*, de don Alonso de Ercilla; *La Austríada*, de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y *El Monserrato*, de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

–Todos esos tres libros –dijo el cura– son los mejores que, en verso heroico, en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia: guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España”.

El tercer repertorio bibliográfico de Cervantes es el *Viaje del Parnaso*. Se trata de un viaje imaginario, compuesto en verso también como el *Canto del Calíope*, en el que Cervantes sale en mula desde Madrid con destino a Valencia, en donde con ayuda de Mercurio logra reunir un ejército de buenos poetas listos a acabar en combate con los “poetambres”, con los malos poetas. Complejo y bello, el Viaje está cargado de alusiones autobiográficas:

“Yo, que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia que no quiso darme el cielo,
Yo soy un poeta de esta hechura
Cisne en las canas y en la voz un ronco
Y negro cuervo sin que el tiempo pueda
Desbaratar de mi ingenio el duro tronco”.

O verdaderamente una imaginación surrealista, que ni aun Dalí la superara: al llegar al puerto entendió que era el momento de embarcarse en una galera,

“de la quilla a la gavia, ¡oh extraña cosa!,
Toda de versos fabricada,
Sin que se entremetiese alguna prosa,
Era la chusma, de romances toda;
La popa... de bastardos sonetos;
La crujía... una luenga y tristísima elegía...
Las jarcias parecían seguidillas”.

En fin, el bajel, como le explica Mercurio a Cervantes al darle una lista de escritores, lo había hecho Apolo –dios de la poesía–:

“Sacó un papel y en él casi infinitos
Nombres vi de poetas, en que había
Yangüeses, vizcaínos y coritos,
Allí famosos vi de Andalucía,
Y entre los castellanos vi unos nombres
Entre los que de asiento vive la poesía...”

A los que le pidió que catalogara: y así desde el Capítulo Segundo en adelante, empieza con Juan de Ochoa una nueva relación de un centenar de poetas españoles del Siglo de Oro, en unos 3.000 versos: “Luis de Góngora, a quien temo / agraviar en mis cortas alabanzas”; “llovió otra nube al gran Lope de Vega...”, etc.

De tal forma y manera que los autores citados directamente en estas tres composiciones por Cervantes, superan los 250.

Pero aún hay más, en alusiones sueltas, o en alusiones implícitas se ha estimado por encima de los 400 autores de los que da noticia en su obra.

Por ello, me he permitido hablar de autores contemporáneos usados, de libros de caballerías y de clásicos.

La pérdida del juicio por la lectura de los libros de caballerías, no deja de ser una ingeniosa locura. Los libros de caballerías eran libros tenidos como de entretenimiento, pero de poco entendimiento. De hecho, se legisló contra ellos e incluso se prohibió su exportación a Indias toda vez que los indios ignorantes, si leían sus contenidos iban a sacar erróneas conclusiones de lo que era la vida. “De llevarse a las dichas Indias libros de romance y materias profanas y fábulas, así como son libros de Amadís y otros de esta calidad de mentirosas historias se siguen muchos inconvenientes, porque los indios que supieren leer, dándose a ellos, dejarán los libros de sana y buena doctrina leyendo los de mentirosas historias...” (Reyes Gómez, II, p. 786).

En la Península, con la legislación contra estas obras se protegía y defendía la vulnerabilidad intelectual de las mujeres y de los jóvenes. Fueron los representantes de las ciudades reunidos en las Cortes de Castilla los que expusieron a Carlos V que “es muy notorio el daño que en estos reinos ha hecho y hace a hombres mozos y doncellas y a otros géneros de gentes leer libros de mentiras y vanidades como son Amadís y todos los libros que después dél se han fingido de su calidad y lectura y coplas y farsas de amores y otras vanidades...”, por lo que pedían al rey, ni cortos ni perezosos, que “les mande recoger y quemar y que de aquí adelante ninguna pueda imprimir libro ninguno, ni coplas, ni farsas”.

A lo largo del siglo XVI, sin embargo, como las leyes del mercado siempre han sido más potentes que las prohibiciones o las reglamentaciones, se pasó a decenas de libros de caballerías impresos. Si alguna vez hubieron algo de verosimilitud, cada vez se

convirtieron en más fantasiosos. Se ahondó en la fantasía de los nombres, de los topónimos, de las aventuras, de las situaciones, de los argumentos. Y como todo ello no era suficiente, se pedía más y más y aparecieron segundas y aun terceras partes; continuaciones; reediciones, traducciones y ediciones piratas; ciclos por caballeros, etc.

En español se editaron 82 libros de caballerías, a los que hay que añadir 4 más de cuya existencia sabemos por referencias indirectas, pero de cuya tirada no se ha conservado ningún ejemplar; más de 300 ediciones, reimpressiones o reediciones... ¡decenas de miles de ejemplares saturando un mercado de *gente que no leía!* Adviértase que la tirada de un libro podía ser de unos 500 ejemplares (cifra esta que, tomada como media, es poco certera). ¿pero cómo se puede defender alegremente que en la España del siglo XVI no se leía? ¡Leería la gente culta en España o en Indias!

¿En verdad que se puede denostar con tanta agilidad como se hace a todo este género literario multiseccular, sin más? (Aunque lo hiciera Cervantes en *Quijote* I, vi; I, xviii; I, lxviii).

Junto a sus contemporáneos creadores literarios y los libros de caballerías, el tercer pilar de lecturas importantes de Cervantes fueron los clásicos. Abundan las alusiones a versiones originales, quiero decir a ediciones de sus propias obras, o a ediciones críticas realizadas por autores del Renacimiento. Es decir, aunque parezca que no, Cervantes es un buen exponente de la transmisión clásica, de la Antigüedad, a lo largo del siglo XVI o los primeros años del XVII. Espontáneo, sí; humanitario, más aún si se quiere; pero hondamente formado en los principios culturales de su época. No se le escapan ni Apuleyo, ni Lucano; ni Ausonio, ni Aristóteles; ni Catón, ni Catulo; no Propertio, ni Tibulo; ni César, ni Suetonio; ni Cicerón (y casi todo Cervantes es Cicerón), ni Homero; ni Horacio por todas partes; ni las sátiras de Juvenal; Séneca, Plauto y Terencio... y aunque falten Plutarco o Tito Livio, lo cual es extraño, no puedo dejar de pensar que Cervantes usó la sátira clásica para camuflar sus denuncias de la discriminación social por limpieza de sangre que le tocó vivir.

Pero con todos estos conocimientos, amén de otros muchos más de la Edad Media, o de sus siglos XVI y XVII, pudo romper los moldes y proponer novedades por boca de sus personajes, que por centenares empezó a parirlos (a excepción de la Galatea que es de 1585), cuando ya era sexagenario. Lo que escribió no pudo redactarlo sólo con imaginación, sino con unos inmensos conocimientos que hoy nos apabullan y decimos que son enciclopédicos. Y es que no todo el mundo sabe –ni sirve para- hacer relojes.

Así fue, desde el saber de los cánones humanísticos que sin duda en parte le transmitió López de Hoyos, los aprehendió de los autores en Italia o cautivos en Argel, los vivió leyendo sin descanso, los amplió contactando con eruditos locales en sus trece años de viajes andaluces y perfeccionó gracias a la proximidad a Antonio de Herrera el gran cronista de Indias enemigo personal de Lope de Vega, fue así –digo- cómo sobre esos principios teóricos pudo construir su edificio de inmensa creatividad y genialidad, no exenta de buen sentido del humor y de provocaciones según las cuales, hoy en día no es que no hubiera publicado en revistas ISIS, sino que no habría alcanzado el nivel mínimo de calidad para sacar un sexenio por su fobia a poner citas bibliográficas, fobia que nos propone curarla con rellenos al tún-tún: “Vengamos ahora a la citación de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro” (Quijote, Prólogo).

Pobre Alonso Quijano, el hidalgo manchego, que perdió el juicio y se tornó en don Quijote de la Mancha. Pobre Alonso Quijano que perdió el juicio por dedicar más horas a la semana de las que debía al leer hasta que se le secó el cerebro; pobre don Quijote que al recobrar el juicio dejó de existir para que resucitara Alonso Quijano, el cual inmediatamente después murió y con esa muerte, cesaron sus imaginaciones, quimeras y salidas, en la esperanza de que nunca más le volvieran a tocar los huesos.

Pero, y ya termino, todo esto no es más que un gran plagio, casi todo Cervantes es una monumental falsificación y mentira magistral urdida por algún mago encantador: el Quijote no lo escribió Miguel de Cervantes, sino como él mismo escribe, fue un moro (¡lo que nos faltaba!): “estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y, como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y, puesto que, aunque los conocía, no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese; y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues, aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio y, leyendo un poco en él, se comenzó a reír. Le di priesa que leyese el principio y, haciéndolo ansí, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*”.

Ya me he de callar, atónito ante la única verdad del Quijote, que es que el autor compró en un mercado, su propio libro escrito por otro... ¡y se lo inventó allá por 1605!

No nos extrañe, pues, que este escritor sin educación universitaria (¿son necesarios los planes de estudios?), pero lector de los papeles que hasta estaban tirados por los suelos, pudiera escribir la obra más grande, profunda, humana y locuaz de toda la literatura universal en un mundo de fronteras, que fascinó al mismísimo Sigmund Freud, asunto este para otra velada.

De momento, me he de despedir de todos Vds. y en especial de todos y cada uno de mis colegas de Humanidades, que dedicados a unos saberes –que les espetan- inútiles, siento que viven al calor de esa gran proclama de Cervantes, tan instructiva en esta nuestra Europa actual, que a sí mismo se destruye:

«–La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres» (*Q*, II-LVIII, 466^a).

Imperecedero aserto vivido y escrito por aquel hombre que hoy nos hemos reunido a honrar a los cuatrocientos años de su muerte, que fue capaz de dedicar su último libro al conde de Lemos, con la más grande, increíble, humana y emocionante dedicatoria que nunca se haya escrito, y que nunca se podrá superar:

“Aquellas coplas antiguas, que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan:

Puesto ya el pie en el estribo,

quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,

con las ansias de la muerte,

gran señor, ésta te escribo.

Ayer me dieron la Estremaunción y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir [...] y podría ser [que] fuese tanto el contento de ver a Vuesa Excelencia bueno en España, que me volviese a dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa Vuesa Excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle que quiso pasar aun más allá de la muerte, mostrando su intención. Si a dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el cielo vida, verá [algunas obras que estoy acabando], y con ellas fin de *La Galatea*, de quien sé está aficionado Vuesa Excelencia. Y, con estas obras, continuando mi deseo, guarde Dios a Vuesa Excelencia como puede. De Madrid, a diez y nueve de abril de mil y seiscientos y diez y seis años.

Criado de Vuesa Excelencia,

Miguel de Cervantes”.

Hoy, precisamente hoy, Miguel de Cervantes escribió esas sus últimas y vibrantes palabras. Después, silencio eterno. Que nos acompañe siempre su recuerdo.

Guardaré, íntimamente, el acto de hoy pues no sé cuántas veces he imaginado la extrañeza que se debe vivir cuando desde la tribuna de una institución prestigiosa se honra a los grandes héroes y mitos nacionales.

Alfredo Alvar Ezquerro.

Profesor de Investigación del CSIC.

Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia.